

CAPÍTULO VIII

LA SOCIEDAD

«Mientras los filósofos no gobiernen los Estados, o los reyes y soberanos no cultiven la Filosofía con autenticidad (...), no habrá reposo para los males de la sociedad.»

PLATÓN.

1. NOCIÓN Y ORIGEN

Cuando se dice que varias personas, ante un mismo problema, han actuado «como un solo hombre», se quiere poner de manifiesto que todos han obrado de común acuerdo, buscando la misma solución. Así puede entenderse la sociedad: un cuerpo cuyos miembros son hombres que conviven, siempre que por convivencia se entienda no el mero vivir juntos, sino la ayuda recíproca. Cuando se cumplen estos requisitos de una forma estable, hay sociedad: desde una pequeña familia hasta una confederación de Estados, pasando por una asociación profesional, un equipo de fútbol, un sindicato, un colegio...

Ahora bien, como toda ayuda sirve para conseguir un fin, no son los hombres los que viven para la sociedad, sino al contrario: la sociedad existe para el bien de los hombres. Se lee en la Ética a Nicómaco que «El hombre es social y, por naturaleza, conviviente». Lo cual es afirmar la imposibilidad

de que la vida solitaria haga feliz a quien la ponga por obra. Imposibilidad demostrada en el hecho de que ningún hombre opta por vivir enteramente solo, ni siquiera teniendo todos los bienes que para ello hacen falta.

Ello es así porque ningún individuo puede procurarse por sí solo todas las cosas que necesita. Sin la familia, la vida sería difícilmente soportable y, en muchos casos, inviable. Pero además, la sociedad civil ofrece una multitud de bienes, tanto artificiales como morales, que una sola familia no puede producir. Por tanto, se equivocaría quien planteara las relaciones con la sociedad como un obstáculo para el bien individual, pues el desarrollo de las personas y de las sociedades está mutuamente condicionado.

2. LA SOCIEDAD CONYUGAL

Hay dos tipos de relaciones sociales que superan a todas las demás en el orden natural: la sociedad conyugal y la sociedad civil. Antes que ciudadano, el hombre es miembro de una familia, y así como la sociedad es el ámbito natural para los ciudadanos, la familia lo es para los cónyuges y para sus hijos.

La importancia de la familia es enorme. En ella nacen y se educan los miembros de la sociedad, y en ella aprende el hombre a ser feliz o desdichado. Por ello, romper el vínculo conyugal es una forma de insolidaridad que ataca a la misma raíz de la convivencia humana, puesto que la familia es la célula de donde nace la sociedad civil (*fermentum urbis et quasi seminarium reipublicae*, la llama Cicerón).

William J. Bennett ha sido secretario de Educación en EE.UU., presidente del Partido Republicano y máximo responsable de la política nacional de control de la droga. Desde esa amplia experiencia, después de reconocer que «demasiados chicos norteamericanos son víctimas del fracaso parcial de nuestra cultura, de nuestros valores y de nuestras normas morales», llega a la siguiente conclusión: «Debemos hablar y actuar en favor de la familia. Buscar sustitutos viables

cuando no haya más remedio, pero apoyar a la familia y ponerla en primer lugar. Después de todo, la familia es el primer y mejor ministerio de sanidad, educación y bienestar. Con ocasión de mi cargo he podido ver en toda clase de sitios familias que funcionan. Cuando la familia funciona, generalmente los chicos funcionan también. Pero actualmente hay demasiadas familias norteamericanas que no funcionan bien. Cuando la familia fracasa, tenemos obligación de intentar suplir con buenos sustitutos, como los orfanatos. Pero nuestras mejores instituciones sustitutivas son, respecto de la familia, lo que un corazón artificial respecto de un corazón auténtico. Puede que funcionen. Incluso puede que funcionen mucho tiempo. Pero nunca serán tan buenas como aquello a lo que sustituyen. ¿Por qué? Porque el amor de un padre y de una madre por su hijo no puede ser fielmente reproducido por alguien que cobra por cuidar a ese niño, aunque sea una persona muy eficiente.»

«(...) En cierta ocasión dijo Urie Bronfenbrenner, psicólogo de la Universidad de Cornell: «Para desarrollarse, un niño necesita de la dedicación sacrificada e irracional de uno o más adultos que le cuiden y comparten su vida con él.» Cuando le preguntaron qué entendía por «dedicación irracional», dijo: «¡Tiene que haber alguien que esté loco por el chico!». (W. J. Bennett, Universidad de Notre Dame, Indiana, 1990.)

3. AUTORIDAD Y LEY

Un Estado es algo más complejo que cualquier máquina, por la sencilla razón de que las partes que lo componen son seres humanos, todos diferentes entre sí y respecto a sí mismos en diferentes momentos; incluso capaces de obrar todos juntos contra el propio conjunto (piénsese en una guerra civil). Además, mientras la máquina tiene que realizar una función muy concreta, el quehacer del Estado es algo tan ilimitado como la felicidad y el bienestar de los innumerables seres que lo componen.

Por todo ello, la autoridad es una exigencia natural de la sociedad, que sólo podrá ser salvada del caos gracias a ella. Esto quiere decir que no son los hombres quienes la inventan. Han tenido en ello tanto poder como para diseñar su propio corazón o su cerebro. Lo que sí pueden los hombres es perfeccionar el orden social y decidir la forma de gobierno que les parezca más adecuada, pero la autoridad en sí no es obra suya: el mismo autor de su naturaleza es el que otorga a la sociedad su autoridad.

El orden que debe establecer la autoridad no puede agradar a todos, en parte porque varían los juicios de los hombres acerca de cómo debe ser dicho orden, pero también porque chocará con los intereses particulares de algunos. Aunque la sociedad existe para el bien de todos, es imposible que el bien común conseguido coincida con las aspiraciones personales de todos los ciudadanos. Por eso es necesaria la función coactiva de la ley.

Por otra parte, proteger el bien común, tanto si debe defenderse de la violencia humana o de una catástrofe natural, requiere que algunos ciudadanos arriesguen libremente sus vidas: es el caso de los militares, policías, bomberos, etc. En cuanto a la distribución de los recursos materiales, debe hacerse de tal modo que algunos obtengan menos de lo que conseguirían por sus propias fuerzas, a fin de que otros no queden privados de todo.

Todo esto significa, como ya hemos dicho, que la sociedad no puede existir a menos que la autoridad sea capaz de hacer cumplir las leyes. Por parte de los ciudadanos, la obligación de cumplir las leyes no deriva de que éstas sean perfectamente justas y sabias. Los gobernantes no pueden ser la prudencia y la bondad personificadas, por lo cual algunas de sus leyes serán imperfectas. Pero tampoco los ciudadanos son perfectos. En general, no son más inteligentes ni más virtuosos que sus gobernantes, ni están mejor informados que ellos.

Además, las mismas leyes gustarán a unos y disgustarán a otros. Por eso, si sólo hubiera que obedecer las leyes que

nos agradan, en lugar de sociedad habría caos. Y aun con leyes muy imperfectas, la sociedad es mejor que el caos, como es mejor vivir en una casa con goteras que debajo de un puente.

Las leyes nunca deben mirarse como obstáculos a esquivar, pues «así como el mundo (...) conserva su cohesión y su tensión por obra de una sola y misma naturaleza, de forma parecida todos los hombres (...), siendo miembros de una misma familia, están sujetos a una sola y misma autoridad tutelar. Si lo entendieran así, los hombres vivirían la vida de los dioses» (Cicerón).

Las leyes deben respetarse como lo que son: condiciones del orden social, salvaguarda de la libertad personal. Y, a menos que sean radicalmente injustas, no deben saltarse ni siquiera con la pretensión de un bien superior (la alternativa siempre sería peor: probablemente la ley del más fuerte).

En la película *Un hombre para la eternidad* hay un diálogo que expresa a la perfección lo que venimos diciendo. Tomás Moro, lord canciller de Inglaterra, eminent jurista, se niega a conceder una prebenda a Rich, un trepador amigo de la familia, que se marcha desairado entre amenazas de alinearse junto a los enemigos mortales de Moro. La escena la han presenciado Alicia, hija de Moro, y su vehemente esposo, Roper. Ambos le aconsejan que arreste a Rich. Moro pregunta por qué ha de hacerlo...

«ALICIA: Porque es peligroso. Padre, ese hombre es malo.

MORO: Eso no es bastante ante la ley.

ROPER: Sí lo es para la ley de Dios.

MORO: Dios entonces puede detenerlo.

ROPER: ¡Sofisma sobre sofisma!

MORO: Al contrario, la sencillez suma: la ley. Yo me atengo a la ley, no a lo que me parece bueno o malo.

ROPER: ¿Es que ponéis la ley del hombre sobre la ley de Dios?

MORO: No, muy por debajo, pero el problema es éste: yo no soy Dios. Tú quizás encuentres fácil navegar entre las olas del bien y del mal, pero yo no soy marino. En cambio, ¡qué bien sé hallar mi camino en el bosque espeso de la ley! Dudo que alguien me pueda seguir dentro de él...

ALICIA: Mientras hablas, se ha escapado.

MORO: El propio diablo puede escaparse mientras no quebrante la ley.

ROPER: De modo que, según vos, ¿el propio diablo debe gozar del beneficio del Derecho?

MORO: Sí. ¿Qué harías tú? Abrir atajos en este bosque de la ley para prender más pronto al diablo?

ROPER: Yo podría Inglaterra de todas sus leyes con tal de echar mano al diablo.

MORO: ¡Ah, sí? Y cuando hubieses cortado la última ley y el diablo se revolviera contra ti, ¿dónde te esconderías de él? Este país ha plantado un bosque espeso de leyes que lo cubren de costa a costa: leyes humanas, no divinas. Pero si las talas —y tú serías muy capaz—, ¿te imaginas que ibas a resistir en pie los vendavales que entonces lo asolarían? Sí, por mi propia seguridad otorgo yo al diablo el amparo de la ley.»

4. EL RESPETO A LAS LEYES

Critón, discípulo y amigo de Sócrates, hombre influyente en Atenas, se resiste a aceptar la injusta condena a muerte del maestro, y le propone un plan perfecto para escapar de la cárcel. Así nos lo relata Platón:

«SÓCRATES: ¿Es lícito hacer mal a alguien, Critón?
 CRITÓN: De ninguna manera.
 SÓCRATES: ¿Y es justo, como dice mucha gente, devolver mal por mal?»

CRITÓN: Injusto.
 SÓCRATES: ¿Quieres decir que no hay diferencia entre hacer mal a alguien y ser injusto?
 CRITÓN: Exacto.
 SÓCRATES: Entonces, te diré las consecuencias que se derivan de dicho principio. O, mejor, responde tú: ¿una persona que ha contraído un compromiso justo, debe cumplirlo o faltar a él?
 CRITÓN: Debe cumplirlo.
 SÓCRATES: Entonces, piensa en lo que voy a decirte: si estando nosotros preparando la fuga, vienesen las Leyes y el Estado y nos dijesen: ¿Qué vas a hacer, Sócrates? ¿Crees posible que subsista el Estado y no caiga por su base cuando las sentencias que se dan no tienen fuerza alguna y son violadas por simples particulares? ¿Responderíamos a las Leyes que la República ha sido injusta con nosotros y no ha sentenciado bien?
 CRITÓN: Eso deberíamos responder.
 SÓCRATES: Pero entonces replicarían las Leyes: “¡Cómo, Sócrates!, ¿en eso habíamos quedado contigo? ¿No habíamos convenido en que las sentencias de la República serían obedecidas? (...). A nosotras nos debes tu nacimiento, tu crianza y tu educación. Y si no tienes derecho a devolver a tu padre mal por mal, ¿te va a ser lícito respecto a la Patria y a las Leyes?”. Considera, además, que cualquier ateniense es libre de irse y emigrar con sus bienes adonde quiera. Pero si se queda, después de saber cómo administramos justicia y regimos la ciudad, con el sólo hecho de quedarse se ha comprometido a hacer cuantos le ordenemos. ¿decimos o no verdad

cuento aseguramos que has aceptado, no de palabra sino de hecho, someterte a nosotras?

Por tanto, sigue los consejos de aquellas a quienes debes la existencia; no aprecies más que la justicia a tus hijos, a tu vida o a cosa alguna del mundo. Si obras como te decimos, cuando llegues a la morada de los muertos podrás alegarlo en tu defensa ante los jueces que allí juzgan. Si mueres ahora, mueres víctima de la injusticia de los hombres, no de las Leyes. En cambio, si te fugas, cometes una injusticia vergonzosa al devolver mal por mal y violar tus compromisos con nosotras, maltratando a tu Patria, y las Leyes de los infiernos no te acogerán bien." Tales son, querido Critón, las palabras que creo oír, y que resuenan dentro de mi alma haciéndome insensible a otras. Dejemos, pues, esta cuestión, y sigamos el camino por donde Dios nos guía."

VÁCLAV HAVEL: *la misión del gobernante*

El primer discurso de Václav Havel como presidente de Checoslovaquia es uno de los textos más clarificadores y originales sobre los cambios producidos en el Este de Europa y la situación anterior a ellos.

«Mis queridos ciudadanos:

Durante cuarenta años oisteis de mis predecesores en este día diferentes variaciones del mismo tema: cómo floreció nuestro país, cuántos millones de acero produjimos, qué felices éramos todos, cómo confiábamos en nuestro gobierno y qué brillantes perspectivas se abrían ante nosotros.

Supongo que no me habéis propuesto para este cargo para que yo os mienta también.

Nuestro país no está floreciendo. El enorme potencial creativo y espiritual de nuestras naciones no se usa sensatamente. Ramas enteras de nuestra industria producen bienes que no interesan a nadie, mientras escasean las cosas que necesitamos. Un estado que se llama a sí mismo estado de los trabajadores humilla y explota a los trabajadores. Nuestra obsoleta economía está despreciando la poca energía de la que disponemos. Un país que una vez podía estar orgulloso del nivel educativo de sus ciudadanos gasta tan poco en educación que ocupa hoy el lugar setenta y dos del mundo. Hemos polucionado nuestro suelo, nuestros ríos y bosques que nos legaron nuestros antepasados, y hoy tenemos el medio ambiente más contaminado de Europa. Las personas adultas de nuestro país mueren más jóvenes que en la mayoría de países europeos.

Permitidme una pequeña observación personal: cuando recientemente volaba hacia Bratislava, tuve tiempo, entre varias conversaciones, de mirar por la ventana del avión. Vi el complejo industrial de la fábrica química Slovnaft y el gigantesco grupo de viviendas Petralka justo detrás. La visión fue suficiente para hacerme comprender que durante décadas, nuestros estadistas y políticos no miraban o no querían mirar por las ventanillas de sus aviones. Ningún estudio de las estadísticas de que dispongo me haría capaz de entender más rápido y mejor la situación en que hemos caído.

Pero todo esto no es el principal problema. Lo peor es que vivimos en un ambiente moral contaminado. Nos sentimos moralmente enfermos porque nos hemos acostumbrado a decir algo diferente a lo que pensamos. Aprendimos a no creer en nada, a ignorarnos, a preocuparnos solamente por nosotros. Conceptos como amor, amistad, compasión, humildad o perdón han perdido su profundidad y sus dimensiones y para muchos de nosotros repre-

sentan sólo peculiaridades psicológicas, o parecían salvados anticuados de tiempos pasados, un poco ridículos en la era de las computadoras y de las naves espaciales. Sólo alguno de nosotros era capaz de gritar fuerte que los poderes no deben ser todopoderosos, y que las granjas especiales, que producen comida ecológicamente pura y de la más alta calidad sólo para ellos, deberían enviar su producción a las escuelas, hospitales y orfanatos si nuestra agricultura era tan incapaz de ofrecerlos a todos. El régimen anterior, armado con su arrogante e intolerante ideología, redujo el hombre a una fuerza de producción, y la naturaleza a una herramienta de producción. Con esto atacó tanto su sustancia como sus relaciones mutuas. Redujeron la gente autónoma y con talento, que trabajaba diestramente en su propio país, a tuercas y tornillos de una máquina monstruosamente enorme, ruidosa y maloliente, cuyo significado real no está claro para nadie.

Cuando hablo de atmósfera moral contaminada, no estoy hablando sólo de caballeros que comen vegetales orgánicos y no miran por las ventanas de los aviones. Estoy hablando de todos nosotros. Todos nos acostumbramos al sistema totalitario y lo aceptamos como un hecho inmutable y esto contribuyó a perpetuarlo. En otras palabras, todos nosotros somos —aunque naturalmente en distinta medida— responsables del funcionamiento de la máquina totalitaria. Ninguno de nosotros es sólo su víctima; todos somos, además, sus co-creadores.

¿Por qué digo esto? Sería muy poco razonable entender el triste legado de los últimos cuarenta años como algo ajeno, algo que nos dejó un parente lejano. Por el contrario, tenemos que aceptar esta herencia como algo que hicimos en nuestra contra. Si lo aceptamos de este modo, entenderemos que está al alcance de todos nosotros y sólo de nosotros hacer algo sobre ello. No podemos culpar a los gobernantes anteriores de todo, no sólo porque esto sería incierto, sino además porque podría debilitar el deber al que cada uno de nosotros se enfrenta hoy, a

saber, la obligación de actuar independiente, libre, razonable y rápidamente. No nos permitamos equivocarnos: el mejor gobierno del mundo, el mejor parlamento y el mejor presidente no pueden avanzar mucho solos. Sería también un error esperar un remedio general sólo de ellos. La libertad y la democracia incluyen participación y por consiguiente responsabilidad de todos nosotros.

Nuestra nación nunca deberá volver a ser un apéndice o parásito de otra. Es cierto que debemos aceptar y aprender muchas cosas de los demás, pero debemos hacerlo como iguales, como gente que tiene algo que ofrecerles a cambio.

Nuestro primer presidente escribió: "Jesús, no el César." En esto siguió a nuestros filósofos Chelcicky y Comenius. Me atrevo a decir que incluso podríamos difundir esta idea e introducir un nuevo elemento en la política europea y mundial. Nuestro país, si eso es lo que deseamos, puede irradiar constantemente amor, comprensión, el poder del espíritu y de las ideas. Es precisamente este brillo lo que podremos ofrecer como nuestra contribución específica a la política internacional.

Masaryk basó su política en la moralidad. Intentemos en un nuevo tiempo y de una nueva manera restaurar este concepto de política. Aprendamos y enseñemos a otros que la política debería ser una expresión del deseo de contribuir a la felicidad de la comunidad más que de una necesidad de engañarla o arruinarla. Aprendamos y enseñemos a otros que la política puede ser no sólo el arte de lo posible, especialmente si eso significa el arte de la especulación, cálculo, intriga, pactos secretos y maniobras pragmáticas, sino que incluso puede ser el arte de lo imposible, es decir, el arte de mejorarnos y mejorar el mundo.»

ARISTÓTELES: *dimensión educativa de las leyes*

«Si de estas cosas, y de las virtudes, y de la amistad y del placer, hemos hablado ya suficientemente en térmi-

nos generales, ¿hemos de creer que el tema que nos habíamos propuesto ha llegado a su fin, o como suele decirse, cuando se trata de cosas prácticas el fin no es haberlas considerado todas y conocerlas, sino más bien hacerlas? Entonces tampoco, tratándose de la virtud, basta con conocerla, sino que se ha de procurar tenerla y practicarla, o conseguir cualquier otro medio de llegar a ser buenos. Ciertamente, si los razonamientos bastaran para hacer buenos a los hombres, reportarían justamente muchas grandes renumeraciones, como dice Teognis, y sería preciso procurárselos; pero, de hecho, si bien parece que tienen fuerza suficiente para exhortar y estimular a los jóvenes generosos y para infundir el entusiasmo por la virtud en un carácter noble y verdaderamente amante de la bondad, resultan incapaces de excitar a la bondad y a la nobleza al vulgo, que de un modo natural no obedece por pudor, sino por miedo, ni se aparta de lo que es vil por vergüenza, sino por temor al castigo. Como la mayor parte de los hombres viven a merced de sus pasiones, persiguen los placeres que les son propios y los medios que a ellos conducen y huyen de los dolores contrarios; y de lo que es hermoso y verdaderamente agradable ni siquiera tienen noción, no habiéndolo probado nunca. A tales hombres, ¿qué razonamiento podrá reformarlos? No es posible, o no es fácil, desarraigarse por la razón lo que de antiguo está arraigado en el carácter, y probablemente debemos darnos por afortunados si, reunidas todas las condiciones que parecen necesarias para que lleguemos a ser buenos, conseguíamos participar de la virtud.

El llegar a ser buenos piensan algunos que es obra de la naturaleza, otros que del hábito, otros que de la instrucción. En cuanto a la naturaleza, es evidente que no está en nuestra mano, sino que por alguna causa divina sólo la poseen los verdaderos afortunados; el razonamiento y la instrucción quizás no tienen fuerza en todos los casos, sino que requieren que el alma del discípulo haya sido trabajada de antemano por los hábitos, como tierra des-

tinada a alimentar la semilla, para deleitarse y aborrecer debidamente, pues el que vive según sus pasiones no prestará oídos a la razón que intente disuadirle, ni aun la comprenderá, y ¿cómo persuadir a que cambie al que tiene esta disposición? En general, la pasión parece ceder ante el razonamiento, sino ante la fuerza. Es preciso, por tanto, que el carácter sea de antemano apropiado de alguna manera para la virtud, y ame lo noble y rehuya lo vergonzoso.

Pero es difícil encontrar desde joven la dirección recta para la virtud si no se ha educado uno bajo tales leyes, porque la vida templada y firme no es agradable al vulgo, y menos a los jóvenes. Por esta razón es preciso que la educación y las costumbres estén reguladas por leyes, y así no serán penosas, habiéndose hecho habituales. Y no basta seguramente haber tenido la educación y vigilancia adecuadas en la juventud, sino que es preciso en la madurez practicar lo que antes se aprendió, y acostumbrarse a ello, también para eso necesitamos leyes, y en general, para toda la vida, porque la mayor parte de los hombres obedecen más bien a la necesidad que a la razón, y a los castigos que a la bondad. Por eso piensan algunos que los legisladores deben invitar y exhortar a la práctica de la virtud por amor del bien, en la seguridad de que atenderán sus exhortaciones los que están adelantados en la formación de buenos hábitos; imponer castigos y correcciones a los desobedientes y sin disposición natural para el bien; y desterrar a los incurablemente miserables; pues el bueno y el que tiende en su vida a lo que es noble obediirá a la razón, y el hombre vil que sólo aspira al placer debe ser castigado con el dolor, como un animal de yugo. Por eso dicen también que los dolores que se les infligan han de ser tales que se opongan lo más posible a los placeres que ellos aman.»